

también su versión del «Concierto de Aranjuez» —inevitable— y, especialmente, un disco extraordinario con obras de Haydn y Boccherini, y la colaboración de George Malcolm, Iona Brown y Cecil Aronowitz, entre otros. De Bream al laúd sólo contamos con dos obras —Britten y Vivaldi— en la segunda cara del citado «Concierto de Aranjuez». Es realmente una discografía bastante escasa, y así lo hicimos constar. Por fortuna, ya se puede añadir a la lista un nuevo título, «Julian and John» (RCA LSC-3257), sorprendente disco en el que Bream cuenta con la colaboración de otro espléndido guitarrista, también poco representado discográficamente en España —al menos por lo que se refiere a su faceta de solista clásico—: John Williams.

Los estilos de uno y otro son bien distintos, y pueden distinguirse con claridad al escuchar el disco, aunque ésta no sea la opinión expresada en el comentario de la contraportada —por otra parte, estupendo—, debido a Tom Eastwood, un compositor que también ha tenido su papel en el renacimiento guitarrístico antes expresado. Ciertamente la compenetración entre ambos intérpretes es total, y se ve además favorecida por unos habilidosos arreglos: pero ya desde la obra que inicia el programa, una pequeña «suite» de William Lawes (siglo XVII) se reconoce el característico sonido seco, casi de laúd, y el fraseo fluido y conciso de Bream, por contra de la sonoridad cálida y llena de la guitarra de Williams.

El «Duo en Sol, de Carulli, es uno de los puntos culminantes del recital. El Rondó final, perfectamente clásico, disipa las nieblas que ha introducido un comienzo lento, cuyo contenido emocional es hecho accesible con gran autenticidad, sobre todo por parte de Williams. Sigue una obra del catalán Fernando Sor, «L'Encouragement», que nos traslada a un ambiente francés, por su

título y por la circunstancia de que su autor, máximo compositor para guitarra de todos los tiempos, residió buena parte de su vida en Francia. Pero en esta obra, con un giro que bastaría para certificar la genialidad de cualquier compositor, abandona al término del movimiento central toda reminiscencia francesa, para pasar sin solución de continuidad a un vals que todos creeríamos obra de un vienés si no supiéramos quién es su autor.

«Córdoba», de Albéniz, abre la cara segunda. Entramos en contacto con las adaptaciones de Emilio Pujol. Obra y arreglo exigen delicadeza, que se ve dañada por ser aquí más perceptible el que, a mi juicio, es el único defecto del disco: que la grabación, quizá demasiado empeñada en buscar un máximo de fidelidad, ha registrado en exceso el roce de las cuerdas por efecto del deslizamiento de los dedos de los guitarristas. Por lo demás, éstos cubren con creces las exigencias y, al final, nos anuncian con unos pasajes al unísono que el espectáculo está a punto de comenzar.

Y lo hace inmediatamente, con el Intermedio de «Goyescas». Bream y Williams aprovechan todos los matices del arreglo de Pujol para alterar a la mínima posibilidad el clima de la interpretación y desdejar los virtuosismos ya exhibidos con otros aún más deslumbrantes. El buen humor, que ha ido «in crescendo» a lo largo del programa, se hace incontenible, y culmina en la Danza núm. 1 de «La vida breve», de Falla, cuya audición remite a otro trabajo de Bream en colaboración, pero con el clavecinista George Malcolm: el «Fandango», de Boccherini. El recital toca a su fin, y en realidad ya ha ofrecido más que suficiente... pero queda todavía algo, que, siguiendo el paralelismo con un concierto en vivo, podría perfectamente ser equiparado a la correspondiente «propina»; y esta vez, como tantas otras en la realidad, re-

sulta que lo mejor llega de regalo, porque lo que sigue es un arreglo de la «Pavana para una infanta difunta», en cuyo elogio no es exagerado decir que el propio Ravel, a la vista de los resultados, no hubiera dudado en firmarlo.

En resumen: quedamos a la espera de los discos de Julian Bream al laúd, pero ya tenemos algunos suyos a la guitarra. Posiblemente se califique al que acaba de aparecer de «entretenimiento» o «diversión». Pero no hay que olvidar que son dos grandes músicos los que se divierten. Y nosotros los que salimos ganando, mientras quedamos a la espera de que se edite el segundo volumen de este extraordinario «Julian and John». ■ JOSE RAMON RUBIO.

Los caminos del «rock» español

El hecho es insólito: una nueva marca discográfica se lanza a jugar la difícil carta del rock español. Gong debutó lanzando a los cantantes de la Dicap chilena y ahora ha vuelto a sorprendernos editando en el espacio de pocas semanas seis LPs de grupos nacionales. Conociendo la renuencia de nuestro público a aceptar el rock «made in Spain» y la imposibilidad de los jóvenes rockeros españoles para sobrevivir sin hacer concesiones, la iniciativa de la compañía de Gonzalo Garcíapelayo parecía un tanto arriesgada. Pero su confianza estaba justificada, ya que la primera oleada de artistas Gong nos permite un moderado optimismo sobre el futuro del rock español y, particularmente, del que se hace en Sevilla.

Comencemos por los madrileños. Tilburí es un trío que se mueve por el área del rock blando de California. En su LP (Movieplay-Gong S-32.644) encontramos canciones pasables y un sonido muy personal basado en el uso de la mandolina y la extraña conjunción



Conjunto Triana.



Conjunto Granada.

de voces. El disco se hunde por la pobreza de la producción, que frecuentemente saca a relucir los defectos del grupo y su material.

«Hablo de una tierra» (S-32.643) es el debut de Granada y también el más espectacular y brillante de los LPs de Gong. Granada es la banda de Carlos Cárcamo y su música es rock melódico con influencias clásicas. «Hablo de una tierra» contiene momentos excepcionales, pero considerado como LP resulta un conglomerado multicolor de influencias y posibles direcciones. Por otra parte, los mejores temas sufren por su fragmentación y la tendencia a añadir adornos innecesarios o inoportunos. Es el fallo más común de los primeros LPs de músicos llenos

de ideas, y uno espera fervientemente que Carlos purifique el concepto de su banda y se defina hacia la vertiente más española de su música.

Eduardo Bort es valenciano y su LP (S-32.642) le muestra en línea con otros grupos mediterráneos que han añadido una cierta humanidad al rock tecnocrático de Yes y E. L. & P. Bort grabó el disco por su cuenta hace más de un año y supongo que es injusto juzgarle por esas piezas superficialmente atractivas pero inocuas, alargadas sin que haya una estructura melódica o unos arreglos que lo justifiquen. Un buen intento de otro músico que debe replantearse su dirección.

El resto de los artistas Gong vienen del Sur

y sus discos nos muestran diversos caminos para hacer rock de los años setenta, basándose en la rica tradición musical de su región. Triana han elegido la vía más comercial, añadiendo a la canción popular andaluza los suntuosos fondos de sintetizadores y melodrones a que nos tienen acostumbrados los grupos de rock espacial. A pesar de que uno tiene su prevención contra mezclas similares y del mal sabor de boca dejado por una desastrosa actuación del trío, las canciones de su primer álbum (S-32.678) me resultan muy atractivas. Si logran poner sus letras al mismo nivel que su música y superar la estrechez de su fórmula, Triana habrán conseguido un rock español popular y de calidad.

Me habían definido a Goma como una banda de jazz-rock; como suele ocurrir, la descripción se queda corta y no hace justicia al eclecticismo y humor de este puñado de veteranos músicos sevillanos. «14 de abril» (S-32.677) es un disco sólido y maduro, donde destaca la construcción de las piezas y el saxo de Pepe Sánchez. Goma presentan una agradable alternativa a la rigidez y solemnidad de las bandas europeas que tocan una música similar.

Finalmente, Gualberto, que es un superviviente de las batallas de la música progresiva. Tras el nundimiento de Smash, emigró a USA y regresó en 1974 con varios músicos americanos. Su álbum (S-32.645) logra lo milagroso: una fusión natural del rock y flamenco. No hay nada de forzado en su música, que refleja la pequeña odisea de un hombre sencillo y sensible. La voz de Todd Purcell, las escalofriantes apariciones de Enrique Morente, el excepcional trabajo de Art Wolh como violinista, las guitarras de Gualberto contribuyen a hacer de este álbum el producto más original, completo y comunicativo del rock español. ■ DIEGO A. MANRIQUE.